Año XV. Madrid 24 de Febrero de 1865. Núm. 583.

EL CORREO DE LA MODA.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista de Madrid, por don A. F. Grilo.—Mi Esperanza (poesia), por don A. Alcalde Valladares—Clemencia [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas de Paris, por la Condesa de Almaviva.—Esplicacion del figurin, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurin, núm.* 770.—*Grabado de Labores, núm.* 26.

REVISTA DE MADRID.

HOY OFRECIMOS á las lectoras en la anterior Revista de El Correo trasladarlas á nuevos y diferentes salones para nuestro próximo número.

Verdaderamente son muchos los que empiezan á abrir sus puertas en Madrid, contribuyendo á enriquecer el catálogo de nuestros nunca satisfechos placeres.

Los dias que, sucesivamente han venido saludándonos desde el 1.° de Febrero, aunque frios, son hermosos.

Los alrededores de Madrid empiezan á alfombrarse con sábanas de verdura, y los pájaros anuncian con sus delicados trinos la vuelta de la primavera.

Fuencarral, Chamartin y Tetuan....

Hé aquí tres pueblos pequeñitos no muy distantes de la coronada Villa que son, digámoslo así, tres puntos algo mas lejanos que la Fuente Castellana, y que por consiguiente sirven de pretesto á muchos habitantes de Madrid para hacer eso que se llama tomar el sol, en un paseo mas largo.

Los ómnibus suben, y bajan, vienen y van por el camino que arranca de la Puerta de Bilbao, y multitud de familias aprovechan lo agradable de la temperatura, bajo el cielo purísimo de los campos de la córte.

El Guadarrama se levanta á lo lejos como una nube blanca, y las heladas brisas que nos envía desde la eterna nieve de sus cumbres pierden el juego de su invisible oleaje, ya casi templadas por los rayos del sol.

Hay un bosque en la pequeña aldea de Chamartin, donde es imposible penetrar, sin bendecir la mano del Señor, que pobló aquellas árboledas de tan solemnes murmullos, y que encerró en aquellos lugares tan misteriosas armonias.

Fantásticas hileras de entrelazados pinos se estienden como una legion de fantasmas á la márgen de un largo arroyo donde las húmedas arenas parece que aguardan los raudales de su cristal.

El arroyo apenas arrastra una onda.

Pocos pasos antes de penetrar se divisa la magnífica quinta árabe que perteneció al duque del Infantado, y que es indudablemente uno de los palacios mas soberbios que ha podido concebir la fantasía del arte.

Desde la media luna que se levanta sobre un delicado templete de filigrana, hasta los melancólicos y severos dibujos de aquellas estensas galerias adornadas con el caprichoso lujo de la arquitectura puramente oriental, todo es encantador, magestuoso y poético en aquel magnífico recinto.

Aquellos alrededores están en la actualidad frecuentemente visitados por muchas damas aristocráticas que acuden á saludar á las jóvenes y bellas educandas del colegio de Chamartin.

Antes de penetrar con nuestras amables lectoras en alguno de los salones que nos abre la buena sociedad madrileña, dirijiremos nuestras miradas un momento á las amenas funciones del Liceo Piquer, tan brillantemente inauguradas en la noche del sábado.

Se puso en escena una lindísima comedia de Breton, escrita con esa espontánea facilidad, con esa chispa incansable, con ese ingénio sobresaliente en que tanto abundan las producciones del primero de nuestros poetas cómicos.

Las simpáticas señoritas de Lombia y los señores Marquez, Rincon, y otros cuyos nombres no recordamos, interpretaron perfectamente sus papeles respectivos, arrancando todos ellos frenéticos y prolongados aplausos.

La seccion literaria estuvo representada por la la señorita Balmaseda, Santisteban, y el humilde Revistero de El Correo de la Moda.

El talento que tanto distingue á nuestra aprecia-

Biblioteca Nacional de España

ble colaboradora la señorita de Balmaseda, es muy canocido ya de cuantos estiman las joyas de la inteligencia.

¿A qué repetir lo que ya todos saben y lo que acaso en nosotros pudiera interpretarse de distinta manera conociendo los lazos de compañerismo y amistad que nos ligan á la ilustrada poetisa?

Sus versos se escucharon como se escucha todo lo que va inspirado por ese reflejo del alma que se llama génio.

En cada estrofa habia sabido encerrar el secreto de un aplauso.

El señor Santisteban fué muy aplaudido tambien y llamado al palco escénico despues de representarse su lindo juguete *Las hijas de Elena*.

La señorita de Gonzalez cantó muy bien y llamó con justicia la atencion del elegante auditorio.

De el Revistero de El Correo de la Moda nos ocuparemos otro dia.

Reciban los señores de Piquer nuestra mas sincera enhorabuena por el éxito de la reciente inauguracion de su Liceo.

Ya que de Liceos nos ocupamos es imposible terminar estas líneas sin recordar el teatrito de la Duquesa de Medinaceli, de cuya próxima apertura ha empezado á hablarse en el gran mundo.

Continúan los ensayos en casa de la Duquesa, y muy pronto se verificará la funcion.

La señora baronesa de Ortega, y los señores Fernandez de la Hoz, Peyronet, Lasala, y otros muchos reunen á sus amigos semanalmente en sus salones, donde se ejecutan escogidas funciones dramáticas desempeñadas por hábiles aficionados.

El arte es en la actualidad el niño mimado de las tertulias de Madrid.

A. F. Grilo.

LITERATURA.

MI ESPERANZA. (1).

(SERENATA.)

Fúlgida estrella de mis amores
De mi cariño rosa temprana,
Flor que revive como las flores
Al grato ambiente de la mañana.

Palma divina que al són del viento
Sobre su tronco se balancea,
Blanca azucena que el pensamiento
Dentro del alma perfuma y crea.

—

Cielo que vive siempre en bonanza
Templando el arpa de los querubes,
Perla sin concha dó mi esperanza
Pierde su trono de negras nubes.

—

Plácida selva donde las flores
Para su lira roba el poeta,
Pálida aurora cuyos colores
Hábil artista dió á su paleta.

—

Si el aura llega con mis cantares
Al sol que brilla puro en tus sienes,
Rompa los rayos con mis pesares
La sombra triste de tus desdenes.

—

Si entre las nubes de dulce aroma
Que en sus suspiros el pecho lanza
Miras llorando blanca paloma,
Dále un consuelo que es mi esperanza.

—

Si en los jardines tu mente loca
Halla un fantasma sobre sus flores
Que posa el lábio sobre tu boca,
Esa es la sombra de mis amores.

—

Y si en la gloria de su embeleso
Cuando luchando vaga indeciso
Á ese su beso responde un beso,
Es que lo llevas al paraiso.

—

Entonces loco de sentimientos,
Bañada el alma de tu ambrosía,
¡Bendita Habiba! (1) se oirá en los vientos
La arpa sonora de Andalucía.

A. Alcalde Valladares.

[1] Esta serenata está tomada de la novela que está escribiendo el autor con el título del *Cristo del Cautivo*.

[1] Habiba, es *amada*.

Biblioteca Nacional de España

CLEMENCIA.

Continuacion.

—Veo, Clemencia, murmuró Julio en cuanto desapareció su amigo, que la confesion que ayer os hice os ofendió: yo os juro sin embargo que no fué culpa mia, que no fuí dueño de dominar mi corazon, y hoy, mas tranquilo, os pido perdon de mi ligereza.

Todo esto fué dicho con tal timidez, sin levantar la vista del libro que tenia en la mano, que la jóven, tranquilizada con su humilde ademan, esclamó:

—Os perdono, si me prometeis olvidar todo lo que ayer pasó.

—Os prometo desde luego no hablaros mas de mis sentimientos: en vano prometeria otra cosa.

—No pretendais aumentar mi disgusto hablando así: bien sabeis que vuestros proyectos no son razonables, que yo he sido casi una madre para Augusto y para vos, y que la opinion de todos se pronunciaria en contra mia, como se pronunció anoche la de mi madre cuando se enteró de lo ocurrido.

—A mí por el contrario me ha parecido encontrar á vuestra madre mas amable que nunca.

—Porque ha reflexionado que semejante niñería no merecia su indignacion, murmuró Clemencia, turbada.

—Ademas, Augusto me habia hecho casi contar con su consentimiento.

—Habeis hecho mal en confiar á Augusto vuestros proyectos, y yo os ruego que en adelante...

Los pasos de su hermano, que se acercaba, no le permitieron continuar.

Desde este dia Clemencia perdió la tranquilidad de su alma! La frialdad de su madre, sus palabras indirectas y siempre duras, le probaban que ésta se hallaba muy lejos de aprobar su conducta, y Augusto por su parte con mayor osadia, hacía de contínuo alusion al amor de su amigo, y atormentaba á su hermana con lo que él llamaba sus razonables consejos.

Julio continuó asistiendo á la casa á las mismas horas, y aunque, gracias á la proteccion de Augusto, solia quedarse á solas con Clemencia, fiel á su palabra, no aventuró ni una frase cariñosa, afectando por el contrario una mentida indiferencia. Y á pesar de esto, sus mútuos sentimientos se revelaban á través de su estudiada frialdad, y sus ojos y sus almas se comprendian. Una tristeza profunda se pintaba en el rostro de Julio, cuya palidez asustaba á Clemencia, que le amaba con ese cariño intenso é intranquilo, con ese cariño mezclado de rubor, que es el mas fuerte de todos los amores. Cuando Julio llamaba, cuando se oia el ruido de sus pasos, Clemencia le conocia, le adivinaba, y los ojos de su pensamiento atravesaban todas las puertas y todas las paredes.

¡Ah, si él hubiera podido adivinar esta identidad en sus almas, cómo hubiera volado hasta ella, llorando de felicidad á sus piés! Pero cuanto mayor era su cariño mas se esforzaba Clemencia en ocultarle; por lo cual Augusto solia repetir muy incomodado á su amigo, que su hermana era de hielo y no habia quien la convenciese.

Y era que á medida que el amor crecía en el corazon de la jóven, sus escrúpulos crecian tambien, porque un alma grande lo es tambien para sentir el dolor y exajerarse las penas.

¡Hé aquí por qué tantas gentes celebran tener un alma vulgar! Clemencia se acusaba del amor que sentia como de un crímen, y como nada podía esperar de su madre, como temia parecer cómplice de los ambiciosos proyectos de su hermano, resolvió buscar en sí misma el remedio que su familia le negaba. En breve veremos cómo supo buscarle.

V.

Un dia de campo.

Hacía unas cuantas semanas que el Alcalde y su mujer se habian trasladado á una linda posesion, situada á unos tres cuartos de legua de la ciudad, en la cual solian pasar siempre los meses de verano. Varias veces habian invitado á la familia de Clemencia á pasar con ellos un dia en el campo, y este año fué con doble interés con el que Julio trasmitió á sus amigos la invitacion de sus padres. Se convino en que él les vendria á buscar el dia señalado á las nueve de la mañana en la tartana de su padre, porque este era el único carruaje que tenia Mr. Moreau y usaba cuando vivia en el campo, no queriendo hacer el gasto de otro mejor para una poblacion tan pequeña como aquella en que habitaban. La tartana, con un solo caballo, que en invierno servia al jardinero y en verano á la tartana, fué el poético carruaje que Julio ofreció al objeto de su amor.

Clemencia, adornada por su madre que, faltando á su costumbre, habia presidido aquel dia al tocador de su hija, se mostró seductora como nunca con su vestido blanco, su sombrero de paja y su ligero chal, que marcaba los contornos de su elegante talle.

Augusto se habia vestido tambien con gran esmero, pero su guante claro y su pretenciosa corbata eran impropias de la hora y del objeto, y á pesar de la aprobacion de su madre, le daban un aspecto estraordinariamente ridículo.

Biblioteca Nacional de España

Julio por el contrario estaba sencillo y elegante, porque el amor suele inspirar acierto en estas materias al menos entendido.

Llevaba un sencillo paletot de tela de verano, una corbata negra, cuyas puntas flotaban con abandono, y un sombrero de paja, que le daba una espresion de simpática osadía: unid á esto una espresion dichosa, y comprendereís lo que esperimentaría Clemencia al contemplarle, acaso por la última vez si llevaba á cabo la resolucion que abrigaba; respondió á las galanterias de Julio con palabras inconexas, y como le advirtiera que no debian perder los momentos de aquel agradable dia, se apresuró á ocupar con los demas su asiento en el carruaje.

Era uno de esos dias hermosos de verano, en que el sol calienta sin abrasar, y en que el aire puro y transparente da á la bóveda del cielo un delicado azul. El rocío de la mañana se admiraba en diamantes cristalinos sobre las ramas de los árboles, y la vista se dilataba sobre cercanos valles salpicados de flores, que en alas de la brisa mandaban sus perfumes á nuestros dichosos viajeros. ¿Qué corazon no se consuela, qué temores no desaparecen ante tan encantadora realidad? Momentos hay en la vida en que nuestra alma rompe las cadenas de su prision para lanzarse á una vida de ignorados placeres! Momentos en que confundimos nuestra existencia con la de la naturaleza, y cantamos con los pájaros, suspiramos con la brisa, y abrimos á la dicha nuestro corazon, como al sol las flores su cáliz. Sentimiento profundo y misterioso, magnífico presente que Dios nos envia, y arroja de nuestra memoria dolores presentes y males imaginados. ¡Cuántas veces olvidamos dolores amargos para escuchar á la golondrina que canta ó la tórtola que arrulla!

Clemencia y su madre, sentada la primera detrás de su hermano, que ocupaba con Julio los primeros asientos de la tartana, alternaba en la conversacion general, lanzando á veces un grito involuntario, cuando Julio, que guiaba el carruaje, le hacia avanzar con demasiada rapidez. Éste propuso dar una pequeña vuelta para admirar unas ruinas cercanas, que Clemencia y su madre desconocian, y cada vez que Julio volvia su cabeza para contestar á Mad. Ogé, sus ojos se encontraban con los de Clemencia, la que le parecia mas turbada que ofendida, procurando en vano disimular los sentimientos apasionados de su alma. Abrigar esta esperanza y abrasar á Clemencia con el fuego de sus miradas fué obra de un instante, viéndose precisada Mad. Ogé á llamarle la atencion al advertir que avanzaban por un bosque espesísimo, en el cual podian caer en algun precipicio. Augusto participó de los temores de su madre sin osar confesarlos, y se estremecia á cada vaiven del carruaje ó á cada rodeo del camino. Julio y Clemencia eran los únicos cuyos corazones no daban lugar al temor, abandonados, sin darse cuenta de ello, al encanto de la hora presente. Hubo un instante en que Julio apercibió lágrimas en los ojos de la jóven. ¡Oh! si él hubiera sabido por qué corrian, si hubiese podido prever... pero su dicha le embargaba por completo los sentídos.

Por fin llegaron á las ruinas, que no eran otra cosa que un edificio de mal gusto colocado en la cima de una montaña, Julio quiso ofrecer su brazo á Clemencia para visitarlas; pero su madre y Augusto, que no quería esponer el brillo de sus botas en una penosa ascension, instaron porque continuase el viaje.

Al cabo de un cuarto de hora la casa de campo del Alcalde se ofreció á los ojos admirados de Augusto y de su madre, que se decian en el fondo de su alma, que si el proyectado matrimonio se realizase todos habitarian en aquella magnífica posesion. La gran verja de hierro giró sobre sus goznes, la tartana avanzó por una frondosa calle de castaños, cuyas ramas formaban bóveda, y en breve nuestros cuatro viajeros vieron al Alcalde y su mujer, avanzando el primero con galanteria á presentar su mano á las señoras para que saltasen del carruaje.

Cuán rápidas pasarian todas las horas de aquel dia: se esperaban muchos convidados para comer, y solo la familia de Clemencia habia sido invitada para el suculento almuerzo, que Augusto saboreaba con su conocida voracidad. De repente un criado llegó á prevenir al Alcalde que le aguardaban en la ciudad para un asunto que no admitia dilacion, lo que hizo maldecir á Mr Moreau su cargo, que le arrebataba á los placeres domésticos, ocasionando á su hijo la satisfaccion de conducir á las señoras al jardin y al parque, haciendo los honores de la casa.

Cuando llegaron al estanque, en el cual dos cisnes se paseaban magestuosamente, advirtieron una barquilla que brindaba á las personas al mismo paseo que verificaban las aves acuáticas.

Julio lo propuso al punto: Augusto y su madre no aceptaron, y Mad. Moreau decidió á Clemencia á penetrar con ella en la barquilla. Apenas se habian colocado, cuando llegó el jardinero á prevenir á su señora que algunos convidados se presentaban á la puerta de la quinta, lo que obligó á aquella á saltar en tierra y seguir al jardinero. Clemencia se levantó, dispuesta á seguirla, al tiempo que Julio, que espiaba todos sus movimientos, dió á la barquilla un pequeño impulso que la alejó de la ribera.

—Detenéos, murmuró Clemencia.

—Teneis miedo? esclamó Julio sonriendo.

La jóven no se atrevió á insistir, y la barca se deslizó por la superficie en las aguas. Cuando Julio comprendió que nadie podia oirlos, esclamó:

—No os agrada permanecer aislada en medio de

Biblioteca Nacional de España

todo el mundo? No os parece que aquí es mas fresca el aura que se respira?

Clemencia no contestó, comprendiendo que su turbacion la vendia, y aunque Julio no la hablaba de amor, todo en aquel sitio la fascinaba, todo parecia decirle: « Ama y déjate amar. »

Una voz distinta, aunque no menos misteriosa, murmuró entonces:

—Dejáos amar, Clemencia, dejadme deciros que os amo.

Clemencia no contestaba, y cerraba los ojos con abandono, acaso para prolongar la ilusion. De repente se estremeció, esclamando:

—¡Nos llaman!

Los llamaban, en efecto; pero no eran ni Augusto ni su madre; era la esposa del Alcalde, que llegaba con nuevos convidados.

La comida fué brillante, magnífica: Julio encontro medio de colocarse al lado de Clemencia, á quien en medio de la algazara general repetia á media voz sus protestas cariñosas, y la jóven turbada, comprendió haber perdido todo el dominio que sobre Julio ejercia, reprochándose haber sabido resistir cuando se hallaba sola con él, para sucumbir despues en presencia de todo el mundo.

Terminada la comida, el Alcalde, mas amable que de costumbre, se acercó á Clemencia suplicándola con galanteria que cantase, á lo que accedió la pobre niña, procurando dominar su emocion. Aunque aquel dia apenas podia disponer de sus facultades, Mr. Moreau afirmó, lleno de admiracion, que nunca habia cantado mejor, ofreciéndola al punto su brazo para dar un paseo por el parque. Las demas señoras palidecieron de despecho, mientras la madre de Clemencia esclamaba que nunca habia estado mas amable el dueño de la casa, y Augusto murmuraba á media voz.

—Ahora si que no hay duda que Julio se casa con Clemencia.

Acudiendo en seguida á ofrecer su brazo á la señora mejor vestida de la reunion.

El Alcalde entretanto se internaba con Clemencia por el solitario parque, manifestando con interés el gusto con que todos la habian escuchado; porque aquel hombre tan brusco era muy galante cuando se tomaba el trabajo de serlo. Por desgracia toda su elocuencia se perdia inútilmente, porque la jóven no le escuchaba.

(*Se continuará.*)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

TEATROS.

Así como la reseña precedente hubimos de ser extensos porque teniamos necesidad de hablar de un número de obras considerable, asi hoy por el contrario habremos de ser lacónicos en nuestra relacion porque apenas tenemos de qué tratar. Dos producciones son las únicas á que podemos referirnos como estrenadas últimamente, y para eso ya anunciamos una de ellas en el número anterior del CORREO, y ya ha desaparecido de las tablas.

Es ésta en primer lugar la comedia en tres actos y en verso, hecha en el coliseo de la ZARZUELA, titulada *Las riendas del gobierno*.—La asimilacion del arreglo de una casa al de una nacion, objeto de la fábula, y el tono de farsa que reina en toda la composicion da orígen á varias escenas graciosas que hacen reir á la mayoria de los oyentes. No hay en la obra verosimilitud de situaciones, propiedad de caracteres, ni correcta forma literaria, pero el público estragado en su mayoria por el uso de la pimienta saborea con gusto los innumerables epígramas políticos que en aquella aparecen diseminados, algunos de los cuales son graciosos á par que atrevidos. Cuando asistimos al estreno de *Las riendas del gobierno* creimos que prometia larga duracion en la escena, pero nos engañábamos. Cansada sin duda la gente del formulario político que martilla sus oidos durante el dia, no quiere pasar la noche en la misma ocupacion. El que ha ido sin saber la índole de la comedia se ha reido viéndola: el que de antemano ha conocido su fondo ha perdonado el bollo por el coscorron.—*Las riendas del gobierno* es original de D. Enrique Zumel, fecundo autor que ha dado á luz muchas obras teatrales, si bien casi siempre en el género de la broma y del pasatiempo. Más de una vez fué llamado á la escena.

La ejecucion resultó bastante acertada. Todos los actores se esmeraron laudablemente en ella, pero quien salió en realidad airoso fué el señor Mario. La señora Valverde, si bien algo exagerada, áun dado el caracter de la obra, desempeñó tambien su cometido con lisonjero resultado.

En la noche del miércoles último verificóse el estreno de una zarzuela en tres actos, denominada *De Versalles á Madrid*. Todavía no podemos decir nada respecto de ella: lo haremos mas adelante.

Una linda comedia, tambien en tres actos y en verso, se ha estrenado recientemente en el teatro del PRÍNCIPE. Titúlase *Mañana* y es original del apreciable escritor señor Coupigni. La pintura del carácter (harto frecuente por desgracia) de esos hombres de índole apática que dejándolo todo para otro dia pier-

Biblioteca Nacional de España

den su felicidad por llegar siempre tarde, pintura combinada con una enredada fábula amorosa entre cuatro personas que por un *quid pro quo* se ven confusas y embrolladas, constituye la esencia del argumento. No hay en él novedad, puesto que tal clase de asuntos ha sido explotada en otras diversas producciones; no se echan de ver en el desarrollo de la accion situaciones trascendentales, rasgos atrevidos y extraordinarios, pero en cambio abundan en la obra escenas fáciles y verosímiles, chistes y donaires cultos que promueven la risa sin ruborizar la cara, y una forma literaria tersa y limpia, circunstancia bastante rara en la generalidad de lo que se escribe.—El señor Coupigni, honoríficamente conocido en la república literaria por obras anteriores, ha adelantado un paso en su camino: no lo ha dado de jigante, pero lo ha dado de hombre.—En la representacion de *Mañana* ha sido llamado á la escena con justicia.

Atinada ha sido la ejecucion de esta comedia por las señoras Diez, Sanz y Zapatero, y los señores Catalina (D. Manuel) Pastrana y Pizarroso. Habiéndose esmerado todos los actores en el desempeño de sus respectivos papeles, y siendo atinada la direccion de escena, ha tenido la representacion unidad en el conjunto y variedad en los pormenores. La señora Diez se distinguió en su papel verdadero, y conquistó aplausos en el fingido de vieja andaluza que hace en el acto tercero. No obstante, quien rayó á más altura fué el señor Catalina que á sus maneras y lenguaje dió soltura y naturalidad, y que retrató con gracia las alternativas de energia y desidia, rasgos principales del protagonista.

En el Circo se dispone para ejecutarse á la mayor brevedad una zarzuela de mágia titulada *La paloma azul*. Dícese que para ella se han realizado gastos de consideracien. Justo será por lo tanto que se resarzan con un éxito completo. Todavía sigue representándose en este coliseo la famosa *Revista*, que tanto está dando qué hablar con las guerras civiles que ha promovido. Afortunada en verdad ha sido la tal producion.

La única novedad acontecida en el teatro Real ha sido la presentacion al público, por vez primera, de una jóven cantatriz española llamada *en los carteles* Clara de Brigni. A este efecto le fué encomendado el papel de Elisabetta en *Roberto il diavolo*. El éxito que ha conseguido ha sido grato, sin ser extraordinario. Cuando la oigamos más veces, pasado ya el miedo natural de las primeras representaciones, hablaremos con algun detenimiento respecto de sus cualidades, si podemos tributarle imparciales elogios.

Anúnciase como próxima la venida al régio coliseo de la afortunada y célebre Adelina Patti. Deseamos que reaparezca en nuestra escena, pero bien pensado más lo deseará Mr. Baguier, porque eso le proporcionará el alivio de doblar el precio de la entrada.

Diego de Rivera.

LABORES.

De esos objetos imprescindibles en el tocador y costurero de una señora, objetos que siempre cuenta por duplicados, porque esto facilita su *toilette* ó su labor, son los *acericos*: en ellos coloca al descuido los alfileres que deja de necesitar, ó busca una ó mas agujas que al comenzar una labor le son precisas y esto basta á significar que los acericos son una prenda que debe tenerse siempre á *mano*, como suele decirse, y en número plural.

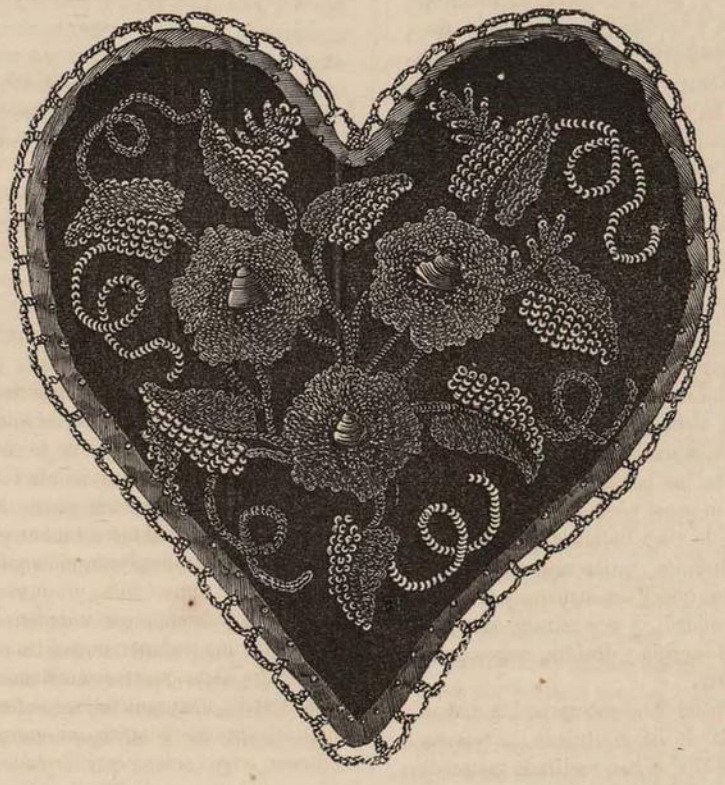
El que representa en primer lugar nuestro grabado tiene la figura de un corazon, y está bordado con mostacilla gruesa sobre seda ó terciopelo del modo siguiente: se corta en una de estas telas la forma del acerico, algo mayor que la presenta el modelo, se hilvana sobre un pedazo de tela blanca en el bastidor, y se fijan, cortadas de papel, las hojas y flores que muestra el dibujo: encima y en la direccion que marca el grabado se van poniendo las mostacillas ensartadas con aguja é hilo, y tantas como sea necesario para ir cubriendo por completo el papel, cuya blancura da una transparencia á las cuentas de muy buen efecto. Estas cuentas son blancas mate y cuentas de cristal, distinguiéndose perfectamente en el dibujo las unas de las otras, asi en las hojas como en las flores, cuyo corazon está formado por un pequeño caracolito: las mostacillas son de distintos tamaños, como se advierte en el contorno de la flor y en la vena de las hojas; y concluido asi de bordar, falta solo armarle de esta manera.

Se cortan de igual tamaño en tela blanca dos modelos, que se cosen por la orilla y se rellenan de algodon, espliego ó serrin, poniendo encima por una cara la hoja bordada, y por la otra una hoja lisa del mismo gró ó terciopelo, ribeteando el contorno con una cinta de seda blanca, que queda la mitad por cada lado. Completa esta caprichosa y útil labor un feston hecho con la misma mostacilla, para el cual se fija la hebra en la parte superior del corazon, se ensartan doce cuentas y sujetan cerca de modo que formen arco; se pasa la aguja por las tres últimas y se ensartan nueve, sujetándolas á igual distancia, repitiendo lo mismo para las hondas sucesivas hasta guarnecer toda la labor.

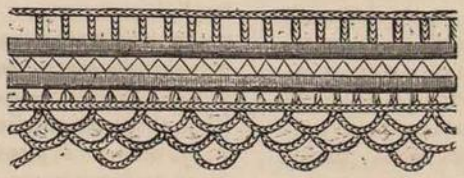
Es la segunda labor una puntilla ejecutada á *crochet* con *mignardise* (trencilla muy estrechita de al-

Biblioteca Nacional de España

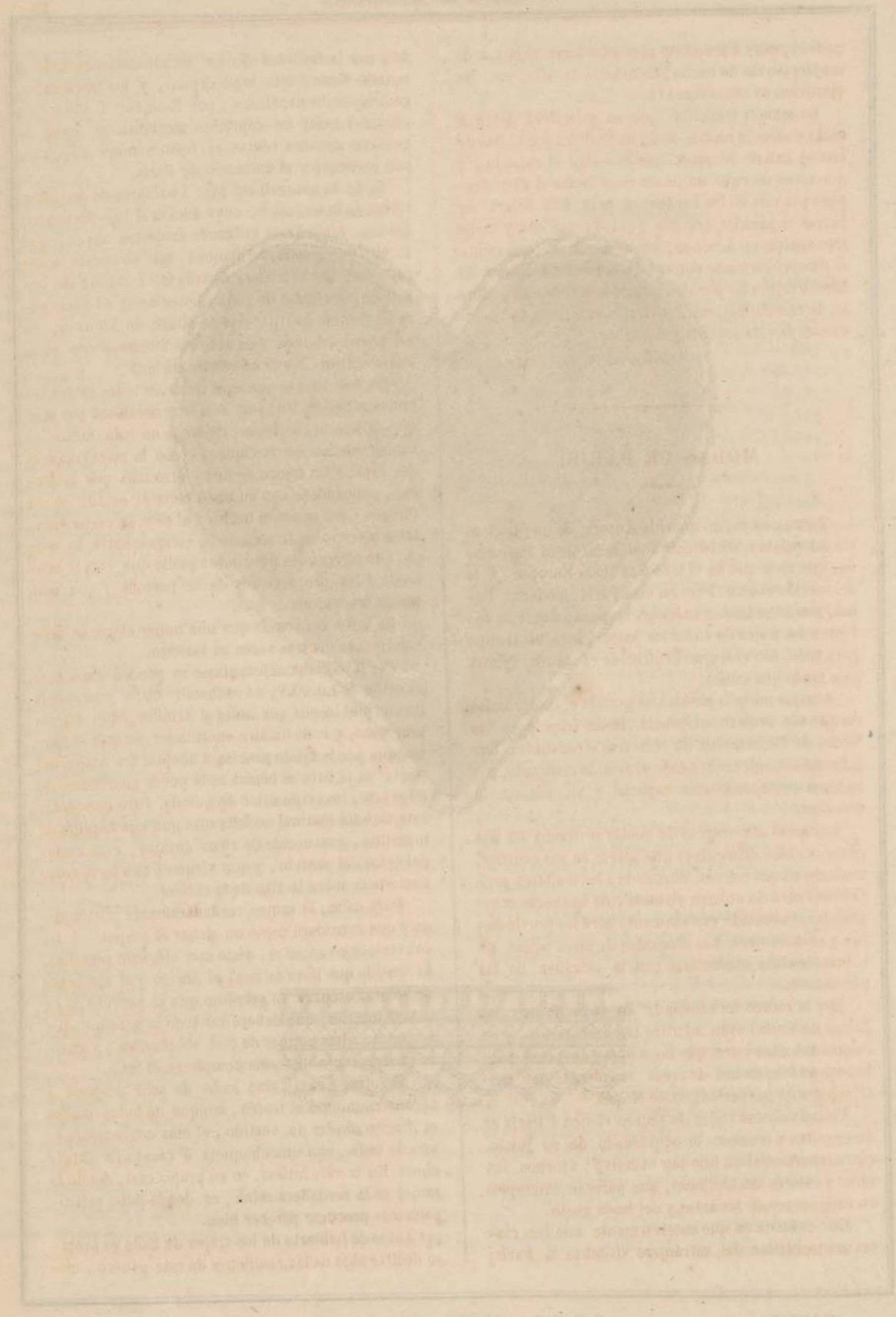
1



2



Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España

godon), muy á propósito para guarnecer camisas de mujer, gorras de noche, delantales de niña, etc. Su ejecucion es como sigue:

Se toma la trencilla, que se estenderá doble á corta distancia una de otra, uniéndolas por el borde con el calado de picos que muestra el modelo, y que no es mas que un *punto ruso* hecho al aire: despues por uno de los bordes se hace una hilera de barras separadas por dos puntos sencillos, y luego tres vueltas en festones, como muestra claramente el dibujo, haciendo por el otro borde otra hilera de barras separadas por dos puntos sencillos. El modelo, de tamaño natural, demuestra exactamente la ejecucion de esta sencilla y útil labor.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS DE PARÍS.

Tiempo es ya, mi querida Aurora, de que te cumpla mi palabra, diciéndote algo de la Moda Parisiense, que es la que da el tono á la Moda Europea, á la del mundo entero. Pero en este París, moderna Babel, donde se hablan todas las lenguas, donde se ostentan los trajes de todos los paises, falta el tiempo para todo. Sin embargo lo ofrecido es deuda, y mas vale tarde que nunca.

Aunque no te lo parezca es grande el compromiso en que me pone tu exigencia. Hasta hace poco las Modas de París tenian un atractivo irresistible, una influencia mágica sobre todo el mundo civilizado, por su buen gusto, su gracia especial y su distinguida sencillez.

Entonces el comercio de modas se dividia en dos géneros, bien diferentes: uno sóbrio en sus adornos, modesto en sus colores, destinado á las toalettes parisienses: otro de colores vistosos, de hechuras complicadas, inventado espresamente para las provincianas y el estranjero. Las elegantes de otros paises no habrian podido contentarse con la sencillez de las parisienses.

Hoy la escena ha cambiado de todo punto: las damas de París llevan adornos tan escéntricos, y en colores tan chocantes, que las señoras de otros pueblos no podrán menos de creer exageradas las descripciones de los periódicos de Modas.

Cuando en sus viajes de recreo vienen á París se desengañan y conocen lo equivocado de su juicio, encontrando aquí un lujo tan excesivo, adornos tan raros y colores tan chillones, que parecen impropios en este centro de las artes y del buen gusto.

Esto consiste en que anteriormente solo las clases aristocráticas del estranjero visitaban á París; hoy por la facilidad de las comunicaciones todo el mundo viene á esta gran capital, y los fabricantes, codiciosos de utilidades, por lisonjear á todos los gustos y todos los caprichos sacrifican al deseo de realizar grandes ventas el buen nombre adquirido con justicia por el comercio de París.

Si de la generalidad paso á hablarte de las altas clases de la sociedad, cuya aficion al lujo no conoce límites, tendré que indicarte modestas sayas, que en Madrid llamais miriñaques, que no cuesta la docena mas que la friolera de tres mil francos; de zapatillas adornadas de piedras preciosas; de batas para levantarse guarnecidas de punto de Alenzon, de un precio fabuloso; de sábanas finísimas con ricas guarniciones, ó entredoses de encaje.

Escuso decirte que aquí como en todas partes las mujeres prudentes, que son la generalidad por mas que se diga lo contrario, dejan á un lado tanto las exageraciones de la riqueza como la estravagancia del lujo, y no toman de una y otro mas que la forma, aplicándola con su buen tacto al estado de su fortuna; y si conocen un poco el *arte de vestir bien*, tan necesario en la sociedad, escogen entre lo mejor que ofrecen los figurines aquello que mas se acomoda á las proporciones de la persona y que mas puede favorecerla.

Es cosa convenida que una mujer elegante debe variar cada dia tres veces su toalette.

Por la mañana al levantarse se pondrá una bata al estilo de Luis XV, de cachemir claro guarnecida de una piel blanca que imita al armiño, que cuesta muy poco, y le da un aire encantador, en este invierno, que por lo crudo precisa á adoptar los trajes del Norte: si la bata es blanca se la puede guarnecer de felpa azul, rosa ó de color de güinda. Para completar esta toalette matinal no falta mas que una toquilla de muselina, guarnecida de ricos encajes, con cintas del color del vestido, y que vienen á anudarse como escarapela sobre lo alto de la cabeza.

Para calle, la mujer verdaderamente distinguida y que considera como un deber el respeto á las conveniencias sociales, viste con elegante sencillez. El vestido que lleva es liso, el abrigo y el sombrero de colores oscuros. El solo lujo que se permite es en la saya interior, que deberá ser todo lo graciosa que se pueda. Altas botinas de piel abotonadas, y guante de irreprochable forma completan el traje.

Al volver á casa, sino se ha de salir despues á alguna reunion ó al teatro, aunque de todos modos es preciso mudar de vestido, el mas conveniente es uno de seda, con una chaqueta ó casaquilla caprichosa. En la vida íntima, en su propia casa, donde la mujer es la verdadera reina, es donde debe principalmente procurar parecer bien.

Antes de hablarte de los trajes de baile es preciso decirte algo de las reuniones de este género, que

Biblioteca Nacional de España

son infinitas entre la alta sociedad de París, donde el Carnaval se prolonga hasta la mitad de la Cuaresma.

Los grandes bailes de las Tullerias inaguran todos los años la apertura de los salones. Cuanto pudiera decirte de estas magníficas reuniones presididas por la Emperatriz Eugenia, cuya gracia no pueden eclipsar las mujeres mas hermosas y mas elegantes de Europa, seria un pálido reflejo de su realidad. En aquel brillante círculo de las tres mil personas invitadas á cada baile, se ven reunidas las notabilidades de ambos sexos de todo el mundo civilizado. Entre las damas, al lado de las francesas la condesa de Castiglione, célebre por su hermosura, las duquesas de Persigni, de Morny y de Bassano, te citaré la princesa de Metternich, Lady Cowley, esposa del embajador de Inglaterra, Mdme. Rimski Korsasoff, la flor de la elegancia moscovita, y la españolas señoras de Quinto y de Errazu. Tantas bellezas reunidas en los salones imperiales, de una suntuosidad inaudita, y adornados con profusion de las flores mas raras que se conocen, entre el fausto de los uniformes, el brillo de la pedreria que adorna hoy como novedad hasta la falda de los trajes, con la mágica armonia de la orquesta dirigida por Strauss, forman un conjunto tan grandioso como sorprendente comparable solo á los palacios encantados de las *Mil y Una noches*, cuya espresion que ha perdido su fuerza por lo vulgarizada tiene sin embargo aquí su justa y verdadera aplicacion.

A estos bailes siguen los de los grandes dignatarios de la corte, que el Emperador les precisa á dar en beneficio del comercio, y otros infinitos particulares.

Bien puedes comprender que tu Rosina prefirirá aquellos en que encuentra á sus compatriotas. Hay en efecto en París un gran círculo de españoles y americanos, en el que se habla el hermoso idioma de Cervantes, y en donde brillan las bellezas de cabellos de ébano y ojos de fuego, que no tienen competencia con ninguna otra. Te advierto que en él se lee con gusto el Correo de la Moda, pues aunque sus Modas no sean para nosotras mas que un reflejo de las de París, vuelven perfumadas con el aroma de la literatura pátria.

Tambien en esta colonia española tienen lugar magníficas fiestas donde se reune lo mas notable de nuestros compatriotas que se halla en París, con distinguidas personas de Francia y del Extranjero. Entre estos bailes debo citarte como los mas brillantes los que han dado los señores de Algarra y Baquer de Retamosa.

Pero esta carta se va haciendo interminable, lo que te probará el gusto que tengo de conversar contigo, y que no será la última que te escriba tu amiga

La Condesa de Almaviva.

Esplicacion del **Figurin**, *núm.* 770.

Fig. 1.ª Disfraz enteramente nuevo. — *Traje de Firmamento.*

Falda de raso azul ribeteada de galon dorado y salpicada de estrellas de oro, con sobrefalda de tul de seda recogida en pabellones, con barbas de tul en escarapela y una estrella en el centro.

Cuerpo de tul rizado, con manga corta y hueca sostenida por una estrella en el centro: corpiño suizo de raso azul galoneado de oro y guarnecido de estrellas el borde superior. Sartas de cuentas doradas forman brazalete al pié de la manga, y descienden á formar pulsera en la muñeca, y otras de estrellas flotan del justillo en pabellones sobre la falda.

Peinado de rizos cortos sobre la frente y largos por detrás, con corona de estrellas y *echarpe* ó toquilla de tul recogida en el pecho con otra estrella.

Botas azules con galon y estrella de oro.

Cetro dorado con estrella.

Fig. 2.ª Traje de baile.—*Vestido* de seda gris, adornado de terciopelo negro, otros mas estrechos verdes, y ramas de coral.

Falda con el paño de adelante doble, y levantado el de encima por dos tiras de terciopelo que á los lados bajan de la cintura, iguales á las que guarnecen todo el borde de la falda: éstas llevan un terciopelito de color á la orilla, y sembrado encima del terciopelo ancho de ramas de coral. El paño inferior lleva al canto un volante de la misma tela encañonado y ribeteado á los dos bordes de terciopelo de ambos colores.

Cuerpo alto, de talle redondo con terciopelo negro y verde, que bajan desde el hombro y se continúan sobre la falda, marcando el faldon de un fraq ancho cuadrado, con dos caidas en el centro como el adorno de la falda. Trenzas de seda negras y verdes cruzan el pecho de un adorno á otro, y cinturon de terciopelo con adornos de coral, completan el cuerpo.

Manga recta, con terciopelos y corales á la bocamanga y pegadura.

Peinado imperial y sombrero de terciopelo Magenta, de ala plegada por los lados y bullonado encima, de donde sale una pluma en esprit: una blonda negra termina el ala y descansa sobre la copa de tul, adornando el sombrero por detrás el bavolet de terciopelo, y grupo de fuchias por delante en el rostrillo blanco.

El traje que acabamos de esplicar, de hechura y adorno enteramente nuevos, puede aplicarse lo mismo á un vestido mas sencillo de lana, dejando liso el terciopelo, ó poniéndole en vez del coral cruces, estrellas ó cuadros de cordon gris como el vestido. El Correo de la Moda da lo mas rico de ella, lo mas distinguido y lo mas nuevo, pero no hacemos á nuestras suscritoras el poco favor de suponer que donde dice terciopelo no les ocurra poner seda ó poplin, y donde se marcan corales ó perlas, no sepan sustituirlo con escarapelas ó botones, si aquello no quieren, ó no pueden gastarlo. Esto se le ocurre á cualquier señora, y por eso omitimos en todas nuestras reseñas estas indicaciones, seguros de que cada suscritora acomodará el modelo á su gusto ó su fortuna.

Aurora Perez Miron.

Por lo no firmado: el Director
***y Editor propietario*, P. J. de la Peña.**

MADRID.—1865.
IMPRENTA DE M. CAMPO-REDONDO.—OLMO, 14.

Biblioteca Nacional de España

CORREO DE LA MODA

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris. Rue de Richelieu. 92

Toilette et Travestissement Etoile de Mme Amélie r. Nve St Augustin. 47 _ Coiffure de Hr de Bisterweld Fg St Honoré. 5.
Modes de Mme Caroline Coutot. r. Monsigny. 8 _ Plumes et Fleurs de Perrot Petit et Cie r. Nve St Augustin. 20.
Foulards du Comptoir des Indes Bd de Sébastopol. 129 _ Sous-jupe acier E. Creusy r. Montmartre. 133.
Parfums de Legrand fourn. des Cours de France de Russie et d'Italie. r. St Honoré. 207.

Entered at Stationer's Hall. LONDON. S. O. Beeton Publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine 248. Strand. W.C. MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Pena

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España